

“LA REGLA DE NUESTRO PADRE SAN BASILIO”

(RB 73,6)

Fernando Rivas, OSB¹

1. Introducción

Al terminar su *Regla* san Benito (= RB) pide enfáticamente a sus monjes, a aquellos que quieren seguir creciendo en el camino por el que los llevó su “mínima Regla de iniciación”, que lean “la Regla de Nuestro Padre san Basilio”²:

“Hemos escrito esta Regla para que, observándola en los monasterios, manifestemos tener alguna honestidad de costumbres, o un principio de vida monástica. ²Pero para el que corre hacia la perfección de la vida monástica, están las enseñanzas de los santos Padres, cuya observancia lleva al hombre a la cumbre de la perfección. ³Porque ¿qué página o qué sentencia de autoridad divina del Antiguo o del Nuevo Testamento, no es rectísima norma de vida humana? ⁴O ¿qué libro de los santos Padres católicos no nos apremia a que, por un camino recto, alcancemos a nuestro Creador? ⁵Y también las Colaciones de los Padres, las Instituciones y sus Vidas, como también la Regla de nuestro Padre san Basilio, ⁶¿qué otra cosa son sino instrumento de virtudes para monjes de vida santa y obedientes? ⁷Pero para nosotros, perezosos, licenciosos y negligentes, son motivo de vergüenza y confusión”.

1 Abad emérito de la Abadía San Benito de Luján (Argentina).

2 La *Regla* latina de san Basilio fue escrita en griego en torno a los años 364-370 y traducida por Rufino de Aquileya en el 397. Su versión original se perdió y sólo quedaría una versión siríaca, ahora editada por la Prof. Anna. M. SILVAS en la colección *Texts and Studies in Eastern Christianity*, vol 3: *Basil of Caesarea. Questions of the Brothers Syriac Text and English Translation*, Leuven, Brill, 2014. San Basilio habría escrito después las *Grandes Reglas* (55 preguntas) y las *Pequeñas Reglas* (313 preguntas). Ellas serían una segunda edición de la que quedó en latín y un desarrollo posterior, con más preguntas y precisiones. Sin embargo, el carácter fundamental es el mismo: son respuestas de las Escrituras que el maestro da a los discípulos que lo interrogan.

Es curioso notar que san Benito señala por única vez en su *Regla* a un autor en concreto y por su nombre: san Basilio³. La *Regla* de san Basilio ya estaba traducida al latín en tiempos de san Benito y eso ayudaba a que la fama de su autor alcanzara un prestigio que se extendía a todas sus obras. De hecho, en el Prólogo vs. 1-4 san Benito reemplaza el texto que tenía la *Regla* del Maestro por las primeras expresiones de un documento que se pensaba que era de san Basilio: la *Admonición a un hijo espiritual*⁴:

“Escucha, oh hijo, la amonestación de tu padre e inclina tu oído a mis palabras, dispón gustosamente tu oído y escucha con corazón dispuesto todo lo que se dice 6. Deseo en efecto enseñarte cuál es la milicia espiritual y de qué modo deberás militar para tu rey 7. Intensamente entonces escuche tu sentido y el sueño no grave tu espíritu; excítalo más bien a la vigilancia y sé sabio para el esfuerzo de comprender mis palabras. Estas palabras no son mías, sino tomadas de las fuentes divinas. Tampoco te enseñaré una nueva doctrina, sino la que aprendí de mis padres. Si pones esto en tu corazón, recorrerás tus caminos en paz y no se te acercará mal alguno, sino que se alejará de ti toda adversidad del alma”.

De este modo san Basilio aparece al comienzo de la *Regla* de san Benito con la *Admonición*, y en el capítulo 73 con la recomendación final de leer su *Regla*. Esto no es algo fortuito. Los dos textos, en los dos extremos opuestos de la *Regla* de san Benito, encierran un mismo mensaje: estar abierto, filialmente, a la voz de Dios que habla a través de las “fuentes divinas” y los padres, sean de la Iglesia, sean los propios de la comunidad. La obediencia por medio de la escucha son los dos ejes de la vida monástica y cristiana, tanto para Basilio como para Benito.

3 SAN BASILIO, *Regla*, ECUAM 1993. Introducción xi-xix; CONTRERAS E., *Basilio de Cesarea y la murmuración*, en *Cuadernos Monásticos* (= CuadMon) 86 (1988) 285-298; GRIBOMONT J., *San Basilio, “La teología de la vida monástica”*, en CuadMon 84 (1988) 32-46; VOGÜÉ A. DE, *De la Regla de san Basilio a la de san Benito*, en CuadMon 23 (1988) 60-73. Tomamos la siguiente descripción de sus Reglas: *Reglas Morales (compendio ascético del evangelio)*; *Pequeñas Reglas (o Pequeño Ascético, sólo conservado en latín)*; *Grandes Reglas (o Gran Asceticon) –conservado en griego–*.

4 Un ejemplo de la importancia que tenía la *Regla* de nuestro Padre san Basilio en los monjes latinos del siglo VI lo muestra la “Regla de Eugipio”, que vivió cerca de Nápoles (muy cerca de Montecasino), en la que más de la mitad de los capítulos están copiados textualmente de Basilio.

Vamos a tratar de presentar, entonces, algunas reflexiones sobre la *Regla* de san Basilio y la forma en que está escrita, pues al ser una modalidad tan distinta a la de san Benito, genera una sorpresa y ello ha contribuido a que el consejo de san Benito, al menos en las generaciones actuales, no haya tenido eco directo y concreto. Pero lo más grave es que detrás de ello lo que se revela es una incapacidad para leer las Sagradas Escrituras mismas, tal como ellos las leían, pues la *Regla* de Basilio no es otra cosa sino un diálogo del monje con la Palabra de Dios y las Escrituras inspiradas.

2. La “*schola*” pagana y la “*schola*” monástica: “aprender a leer” como ejercicio espiritual

Tanto la *Regla* de san Benito como la de Basilio tienen como contexto una comunidad de monjes que se constituyen en una “*schola*” de Cristo. El P. Basil Studer⁵ aporta una contribución muy importante al clarificar el concepto antiguo de “*schola*” y los métodos que empleaba.

En efecto, Studer señala que hay una cierta incompreensión o desconocimiento de que la escuela antigua se basaba, en primer lugar, en la lectura de los clásicos. Y, como base metodológica, el mecanismo utilizado era el de *pregunta-respuesta*, distinto a la *quaestio* tal como se desarrollará en la escolástica.

Del mismo modo el padre A. Mundó⁶, en sus concienzudos estudios sobre la *lectio* en las antiguas reglas monásticas, señala que todas ellas dan un lugar muy particular a lo que se llamaba en el mundo antiguo: “aprender a leer”. Debemos recordar que en el cuadro de la *paideia* clásica grecolatina, base sobre la que se formaron muchos Padres de la Iglesia y monásticos, el *Quadrivium* era una formación claramente retórica y tenía por base el aprender a leer, como tarea primera y primordial. San Benito mismo habla de aquellos que necesitan aprender a leer como una base esencial para el resto de su formación y vida en el monasterio (RB 8,3).

5 STUDER, B., La “*Schola Christi*” nella Regola di san Benedetto, en *Studia Anselmiana* 134 (2002), 489-510, 491.

6 *Las Reglas monásticas latinas del siglo VI y la “Lectio Divina”*, en *Studia Monastica* 9 (1967).

Fuera del ámbito monástico, P. Courcelle⁷ y P. Hadot⁸, reflexionando sobre lo que significa ese aprender a leer de los antiguos, dicen que al leer un texto lo que ellos buscaban era llegar a vivir el proceso espiritual que el libro encierra y que el autor ha dejado impreso en él, y no la simple captación de contenidos conceptuales que pueden ser abstraídos de la forma en que son presentados y de la estructura del texto. Esta era la finalidad que tenía la retórica de los grandes autores clásicos y bíblicos, pero la mentalidad moderna, racionalista, la ha confundido al reducir un texto a un simple transmisor de contenidos. Por eso, detrás de la expresión de san Benito que dice:

¹⁵En estos días de Cuaresma, reciban todos un libro de la biblioteca que deberán leer ordenada e íntegramente. Estos libros se han de distribuir al principio de Cuaresma (RB 48,15-16).

Lo que verdaderamente está señalando es lo que significa encontrarse con un texto y que debe respetarse: es vivir el proceso que encierra el texto y para ello se lo debe leer “ordenada e íntegramente”. Tal vez por ello san Benito presenta la *Regla* de Basilio al final: porque habiendo crecido bajo la mínima Regla de iniciación, ahora puede entender y vivir el proceso bíblico que señala la *Regla* de san Basilio.

Un libro, un texto, transmite, ante todo, el universo espiritual del autor (piénsese que en las Sagradas Escrituras ese autor es el Espíritu de Dios) y por eso, su contenido fundamental es la “*mens*” del autor, entendiendo por ello un mundo interior y un dinamismo espiritual que el autor ha vivido y quiere comunicar al que lo lee para que, de este modo, ubicándose en esa actitud de alma, el lector pueda ver las mismas cosas que ve el autor y más todavía. De este modo el lector moderno se lleva la sorpresa de que lo fundamental de un texto es su método, y no los contenidos. Y, en el caso concreto de la *Regla* de san Basilio, el aprender a leer significa entrar en el dinamismo pregunta-respuesta, tal como está construido y estructurado el libro. Y eso no es una realidad secundaria y accidental. Todo el Prólogo de su *Regla* comienza así:

7 Cfr. COURCELLE P., *La Consolation de la Philosophia dans la tradition littéraire*, Paris 1967, 355-372.

8 HADOT P., *Esercizi spirituali antichi e “filosofia cristiana”*, Torino 1988, 3-18.

1 Dios, que ama al género humano y enseña la ciencia al hombre (Sal 93), a aquellos a quienes dio la gracia de enseñar, les ordena por medio del apóstol permanecer en la doctrina. 2 Pero a los que necesitan ser edificados por las instituciones divinas les declara por medio de Moisés: Pregunta a tu padre, y te lo anunciará, a tus ancianos y te lo dirán (Dt 32,7). 3 Por eso es necesario que nosotros, a quienes se ha encomendado el ministerio de la palabra, en todo tiempo estemos preparados y dispuestos para la instrucción y la perfección de las almas... 12 Si, pues, alguno de ustedes juzga que le falta ciencia, expóngalo en la búsqueda común; 13 si aparece algo difícil u oculto, es más fácil que se esclarezca cuando varios están conversando juntos, ya que sin duda Dios concede a los que buscan la gracia de encontrar. 14 Así como a nosotros nos urge la necesidad, y pobre de mí si no evangelizara, también ustedes corren un peligro semejante si cesan de interrogar y buscar, o si fueran más remisos e irresolutos para cumplir lo que se considera recto...

Basilio señala lo que es para él el núcleo mismo de la *paideia* monástica: "Pregunta a tu padre..." (Dt 32,7). La *paideia* como disposición se genera con el dinamismo de la interrogación, tal como lo manifiesta el contenido de la *Regla*: son 203 preguntas de los discípulos a sus padres. Sin embargo, la regla debe seguir escribiéndose en el alma de los discípulos: *ustedes corren un peligro semejante si cesan de interrogar y buscar*. J. Leclercq señalaba lo mismo respecto de los monjes medievales: el amor por los escritos difunde y enciende el deseo de Dios pues ellos encierran la vitalidad del diálogo del hombre con Dios. Por eso esta forma de pregunta-respuesta se encuentra en muchos textos monásticos, desde la *Regla del Maestro* a la misma *Regla* de san Benito, que ya en el Prólogo dice:

²²Si queremos habitar en la morada de su reino, puesto que no se llega allí sino corriendo con obras buenas, ²³preguntemos al Señor con el Profeta diciéndole: "Señor, ¿quién habitará en tu morada, o quién descansará en tu monte santo?" (Sal 14,1). ²⁴Hecha esta pregunta, hermanos, oigamos al Señor que nos responde y nos muestra el camino de esta morada ²⁵diciendo: "El que anda sin pecado y practica la justicia; ²⁶el que dice la verdad en su corazón y no tiene dolo en su lengua; ²⁷el que no hizo mal a su prójimo ni admitió que se lo afrentara" (Sal 14,2 s.). ²⁸El que apartó de la mirada de su corazón al maligno diablo tentador y a la misma tentación, y lo aniquiló, y tomó sus nacientes pensamientos y los estrelló contra Cristo. ²⁹Estos son los que temen al Señor y no se

engríen de su buena observancia, antes bien, juzgan que aun lo bueno que ellos tienen, no es obra suya sino del Señor,³⁰ y engrandecen al Señor que obra en ellos, diciendo con el Profeta: “*No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria*” (Sal 113b,1).

Y el motivo que le da toda su relevancia a este dinamismo de interrogación es que pone de manifiesto el deseo de conocer y obrar según la voluntad de Dios y no la propia. El género literario tiene una correspondencia total con una realidad de la vida. Interrogar es abrirse a la vida divina, comunicada por su palabra a quien quiera oírlo y llevarla a la realidad a través de la renuncia a su pobre inteligencia y voluntad. De este modo las obras del que interroga no son otra cosa sino la vida del que enseña que habita en el discípulo que obedece. Como dijimos al principio, san Benito dice y piensa igual que Basilio, sólo que la forma literaria de regla que él adopta hace pensar en que la obediencia y la renuncia a la propia voluntad es un tema, ante todo, disciplinar. Sin embargo, lo que está detrás es ese dinamismo vital que es la vida divina misma en el monje.

Por eso toda la *Regla* de san Basilio termina no con un “fin”, sino con un llamado a no fiarse de sí mismo, para no caer en el encierro y, por eso mismo, quedar espiritualmente frenado. Tal vez se podría decir que los ancianos ya no necesitan seguir interrogando. Sin embargo, tanto Benito como Basilio no están hablando de un mecanismo ni de una sabiduría humana: se trata de interrogar en la fe para conocer la voluntad de Dios, no la doctrina de un gran maestro. Por eso san Benito pide al Abad que, cuando tenga algún problema serio, interroge incluso a los monjes más jóvenes, porque “Dios suele revelar a los jóvenes aquello que más conviene” (RB 3,3). Por eso dice Basilio al terminar su *Regla*:

Cuestión 203:

Pregunta: ¿Cómo puede uno tornarse necio en el tiempo presente?

Respuesta: 1 Si teme la sentencia del Señor que dice: “*Ay de los que son prudentes ante sí mismos y sabios ante sus ojos*” (Is 5); e imita a aquél que dijo: “*Yo era como un animal ante ti*” (Sal 72). 2 Y arrojando de sí toda prudencia arrogante no cree que haya en él algo bueno si antes no ha sido iluminado por el mandato del Señor, 3 para que entienda lo que agrada a Dios, ya sea en obras, ya en palabras, ya en pensamientos, conforme dice también el Apóstol: 4 Tal es la confianza que tenemos en

Dios por Cristo. *"No porque seamos capaces de pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios"* (2 Co 3).

Este texto de la *Carta segunda a los Corintios* con que termina toda la *Regla* de Basilio es sumamente significativo pues contiene la misma riqueza de lo que san Basilio está diciendo en su *Regla*. En efecto, el Apóstol dice:

¿Comenzamos de nuevo a recomendarnos? ¿O es que, como algunos, necesitamos presentaros cartas de recomendación o pedíros las? Vosotros sois nuestra carta, escrita en vuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres. Evidentemente sois una carta de Cristo, redactada por ministerio nuestro, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en los corazones (2 Co 3,1-3).

Del mismo modo que el Apóstol considera que sus verdaderas "cartas" son sus comunidades cristianas, también san Basilio considera que su *Regla* es una realidad viva, que está escrita en los corazones de los hermanos, de su fraternidad y así seguirá creciendo en la medida en que ellos crezcan. Y el motivo es que esa Palabra de Dios, que es la esencia misma de la *Regla* de san Basilio y de la predicación de san Pablo, no está "escrita con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo". Entender de otro modo la Palabra de Dios o la *Regla* de san Basilio es su misma destrucción y empobrecimiento pues llevaría a pensar que lo que al autor le interesa es su propio escrito y no la vida, la de sus discípulos, tal como san Benito dice en su Prólogo: "hay alguien que ame la vida..." Y la vida no se puede encerrar en un texto de 73 capítulos, sino que, "para aquél que quiere seguir creciendo están los textos de las Escrituras, la *Regla* de san Basilio" (cfr. RB 73).

Sin embargo, antes de seguir, es necesario resaltar un elemento que se opone a nuestras actuales teorías del lenguaje. En efecto, para estos Padres monásticos la plenitud del decir está en el texto escrito, y no en la palabra simplemente pronunciada. Esto choca un poco con la mentalidad moderna que ve en lo oral el dinamismo vital y la autenticidad de lo espontáneo. Sin embargo, ellos veían en el texto escrito la plenitud del discurso oral, pues lo escrito suscita y permite la reflexión y la llegada a distintos interlocutores (lectores) e incluso que el mismo receptor original de la palabra oral pueda revisarla, reenfoclarla y encontrar cada vez niveles más profundos de significación o, dicho de otro modo, entrar en los niveles cada vez más ricos de la realidad que encierra una palabra o

concepto. Y el prototipo de ello es la Sagrada “Escritura”. La Palabra de Dios no sólo fue dicha y oída, sino “escrita” Esto de ningún modo contradice la riqueza y centralidad de la palabra oída y pronunciada, sino que le permite desplegar toda la riqueza que ella contiene y significa. Y por eso mismo el texto escrito, en estos grandes maestros, toma la forma literaria de un discurso oral o de un diálogo, hablando en primera persona y no en tercera, y preguntando cosas al lector para que este, al menos interiormente, responda y entre en un dinamismo como el que acabamos de señalar.

Cuando se ha descubierto este valor y sentido de un texto, de un libro, entonces se puede comprender que su lectura es el primer “ejercicio espiritual” que el autor pone ante los ojos del lector⁹. La *lectio*, sea de la Escritura como de una de las grandes obras de la patrística, tal como san Benito lo contempla en su capítulo final (RB 73) y en la lectura de Cuaresma, es para realizar un itinerario, aquel que se encuentra en el mismo texto y que el lector debe saber descubrir. Es por eso, también, que estos grandes maestros de la tradición cristiana piden que, cuando se ha terminado de leer su obra se vuelva a comenzar otra vez desde el principio (cfr. RB 66). Y, en este sentido el texto que más privilegió la tradición monástica es el Libro de los *Salmos*. Trataron de leerlo y cantarlo de modo continuo en el curso de cierto número de días y, una vez hecho volvían a empezar desde el principio. Y el objeto es que el mismo salmista recobrase su vida en la vida del que lo canta y reza, tal como se dio en Cristo.

3. Lectura y dinamismo espiritual

Ahora bien, este aprender a leer, que era la columna vertebral de las escuelas antiguas, es el primer ejercicio espiritual que debe aprender el discípulo. Sin embargo, los Padres vieron en ello una simple propedéutica para lo que radicalmente define la búsqueda de Dios en Cristo: el amor filial que se manifiesta en la obediencia al Padre. En efecto, el nombre que recibía el “aprender a leer” y otros ejercicios espirituales en el mundo pagano eran: “ascesis”, “*gymansía*”, o “*meleté*”, términos muy usados por los Padres de la Iglesia. Sin embargo, ellos le daban el lugar que correspondía al nuevo enfoque cristiano de la vida. Estos ejercicios son “instrumentos”, pero no son de un valor absoluto en el cristiano. Por

9 DRISCOLL, J., *The “Ad Monachos” of Evagrius Ponticus, its structure and a select commentary* (Studia Anselmiana 104), Roma 1991, 361-384.

ello Casiano escribe su Conferencia 1 para señalar el "fin" del monje, porque es muy fácil confundir medios con fines. Y los ejercicios son medios que, en muchos casos, como dice el mismo Casiano, pueden producir el efecto contrario al que Cristo les señala. Pueden pasar a ocultar el fin o, lo que es más duro todavía, a convertirse ellos en fines en sí mismos. Casiano dice, en expresiones que de algún modo pueden escandalizarnos, lo siguiente:

Conviene, por consiguiente, supeditar las cosas que están en un plano secundario, como, por ejemplo, los ayunos, vigiliias, retiros y meditación de las Escrituras, a nuestro fin principal, esto es, a la pureza del corazón, que es la caridad, y no menoscabar, merced a cosas que tienen un valor puramente relativo, la virtud primordial que es reina de todas las almas (*Colación 1,7*).

Estas expresiones eran un lugar común en la literatura monástica: señalar al monje que por su gran práctica de ayuno se transforma en un demonio soberbio, perdiendo lo específico, que es la humildad de Cristo.

Es por eso que, desde el comienzo de la *Regla*, Basilio, habiendo señalado el gran ejercicio espiritual de la lectura y de la interrogación, en la *Cuestión 3*, plantea dónde se encuentra la verdadera imitación de Cristo, y para ello utiliza las expresiones propias del NT:

97 No aceptemos, por lo tanto, ni a través de los ojos ni a través de los oídos, estímulos para pecar, y paulatinamente, por un prolongado ejercicio adhiramos una pésima costumbre; y, lo repito, para que podamos dedicarnos a la oración, es necesario ante todo habitar separados. 98 De este modo romperemos con los viejos hábitos, con los cuales actuábamos contra los mandamientos de Dios. 99 No es poco trabajo dejar atrás y alejarse del pésimo hábito (de vida) anterior, ya que un modo de vivir largo tiempo practicado adquiere casi la fuerza de la naturaleza; 100 es necesario, por tanto, que ante todo nos neguemos a nosotros mismos, carguemos con la cruz de Cristo y así lo sigamos.

101 Nos negamos a nosotros mismos de este modo: si olvidando totalmente las costumbres anteriores renunciamos a nuestras propias voluntades; de este modo no sólo nos apartamos de los hombres que no obran rectamente, sino también de nuestras propias costumbres desarregladas y desordenadas. 102 Es muy difícil para quien permanece

en las costumbres y conducta precedentes poder enmendarse y corregirse; más aún, para decirlo con más verdad es absolutamente imposible. 103 Pero esto de que alguien tome su cruz y siga a Cristo (cfr Mt 16,24; Lc 9,23), se lo impide ordinariamente la convivencia y la compañía de los que viven de modo diferentes. 104 Pues estar preparado a morir por Cristo, mortificar los miembros que están sobre la tierra y soportar de buen grado todo peligro por el nombre de Cristo, esto es cargar su cruz: 105 vemos qué gran obstáculo puede surgir para nosotros de parte de aquellos que llevan una vida y costumbres diferentes.

Lamentablemente hoy día, dentro del mismo mundo cristiano, las palabras “morir por...” y “mortificar” han asumido un sentido enteramente negativo. Sin embargo, se trata de un modo de hablar bíblico cuya riqueza sólo puede entenderse con las palabras del Apóstol a los Gálatas, cuando les dice: *“estoy crucificado con Cristo, vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”* (Ga 2,20). El ser del cristiano, inaugurado con el Bautismo, es adquirir la plenitud de una identidad en Cristo que supera tanto lo que puede ser un simple “portarse bien”, “no hacer cosas malas”, y san Pablo, para poder expresarlo con toda su riqueza tiene que recurrir a un vocabulario nuevo, sólo entendible a la luz de los Evangelios.

E inmediatamente, en la *Cuestión 4*, Basilio remarca:

Pregunta: ¿Para iniciar aquél género de vida y de conducta que es según Dios, es necesario antes renunciar a todas las cosas?

Respuesta: 1 Al decir nuestro Señor y Salvador Jesucristo: Si alguno quiere venir en pos de mí niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame, 2 y de nuevo: El que no renuncia a todo lo que posee no puede ser mi discípulo, 3 (establece) que el que viene con la intención de seguir al Señor, también debe negarse a sí mismo y tomar su cruz: es cierto que ya antes renunció al diablo y a sus obras. 4 Pero esto suelen hacerlo no los que han progresado en la vida o los que ya tienden a la perfección, sino los que están en los primeros pasos de la vida cristiana.

5 La renuncia del hombre a sí mismo, como dijimos más arriba (consiste) en lo siguiente, a saber: renunciar tanto a sus hábitos anteriores y a su vida (pasada), 6 cuanto a sus costumbres y a los placeres de este mundo, y también a los parentescos según la carne, sobre todo a aquellos que podrían impedir su propósito, 7 considerando más bien como padres

suyos a los que lo engendraron en Cristo Jesús mediante el Evangelio, y como hermanos a los que han recibido el mismo Espíritu de adoración, estando convencido de que todas las posesiones no son suyas. 8 Para decirlo brevemente, aquel para quien a causa de Cristo el mundo entero está crucificado y él mismo está crucificado para el mundo (cfr. Ga 6,14), ¿cómo puede hacerse esclavo de los pensamientos y de las solicitudes del mundo, cuando el Señor le manda que a causa de él renuncie hasta a la vida misma? 9 La renuncia es perfecta en él si se mantiene totalmente alejado de las pasiones mientras aún vive en el cuerpo, 10 pero comienza a hacer esto ante todo en las cosas exteriores, es decir en las posesiones, en la vanagloria y en otras cosas semejantes, de modo que primero se haga ajeno a ellas.

La expresión "ascesis" no representaba lo propiamente cristiano. Tanto la palabra como su contenido es patrimonio común del paganismo y, por eso mismo, muchas veces era utilizada con muchas precauciones. Basilio, como por lo general todos los Padres monásticos, al hablar de lo que verdaderamente identifica al monje y al cristiano con Cristo, prefieren utilizar un vocabulario del Nuevo Testamento. Y las expresiones preferidas son, como la que cita aquí Basilio, de san Pablo: "estar crucificado con...", "morir con", "vivir con". Es curioso notar que, aunque las dos Reglas griegas de Basilio llevan por título "Gran asceticón" y "Pequeño asceticón", en el interior de las mismas la palabra es muy poco usada, pues no refleja lo propiamente cristiano que quiere presentar Basilio. Y para no dejar lugar a dudas acerca de qué es "morir con" o "estar crucificado con" Basilio dice en la *Cuestión 12*:

Pregunta: ¿Está permitido a alguno decir por su propia cuenta lo que le parece bueno, prescindiendo del testimonio de las Escrituras?

Respuesta: 1 (Cuando) nuestro Señor Jesucristo habla del Espíritu Santo dice: "No hablará de sí mismo, sino que lo que ha oído eso hablará" (Jn 6,13). Y (cuando habla) de sí: "El hijo no puede hacer nada por sí mismo" (Jn 5,19). 2 y otra vez: "No he hablado por mí mismo; el Padre que me ha enviado es quien me mandó lo que he de decir y hablar; y yo sé que su mandamiento es la vida eterna. Las cosas que yo hablo, las hablo según el Padre me ha dicho" (Jn 12,49-50). 3 ¿Quién puede llegar a tal temeridad que se atreva a decir o pensar algo por sí mismo? 4 Antes bien, debe saber que todos tenemos necesidad de la guía del Espíritu

Santo, para que nos conduzca por la senda de la verdad, en cuanto al pensamiento, a las palabras y a las obras. 5 Es ciego y vive en tinieblas todo el que carece del sol de justicia, nuestro Señor Jesucristo, cuyos mandamientos, a modo de rayos, nos iluminan. 6 *El mandamiento del Señor, dice, es luminoso y da luz a los ojos...* (cfr Sal 18,9).

... 12 Por tanto, en cada caso, no debemos hacer lo que nos está permitido sino lo que edifica al prójimo, y no agradarnos a nosotros mismos, sino al prójimo para su edificación; 13 pues está escrito: “*Sométanse unos a otros en el temor de Cristo*” (Ef 5,21), y agrega el Señor: “*El que quiera ser el mayor entre ustedes, hágase el último de todos y el servidor de todos*” (cfr. Mt 20,26; Mc 9,34). 14 El que quiera cumplir esto sin duda suprime sus propias voluntades imitando al mismo Señor que dice: 15 “*He descendido del cielo no para hacer mi voluntad sino la voluntad del que me envió, el Padre*” (Jn 6,38 ss.), y otra vez ordena el Señor: 16 Si alguno te quiere obligar a caminar mil pasos, vete con él por otros dos (mil, Mt 5,41).

Y la siguiente cuestión remata cualquier duda acerca de la esencia de la vida monástica y cristiana para Basilio:

Cuestión 13:

Pregunta: Si hay que obedecer a todos y a cada uno.

Respuesta: 1 La diferencia o la diversidad de los que mandan no debe impedir el propósito de los que obedecen, porque ni siquiera Moisés despreció a su suegro Jetró cuando le aconsejó cosas útiles y justas. 2 Ciertamente no es despreciable la diversidad de las admoniciones: unas parecen contrarias a los mandamientos de Dios, 3 otras por el contrario nos conducen a cumplirlo y llevan a la edificación. 4 Por tanto, es necesario recordar el precepto del Apóstol que dice: “*No desprecien las profecías; pruébenlo todo y quédense con lo bueno. Absténganse de toda apariencia de mal*” (1 Ts 5,20-22), 5 y también: “*Purifiquen los pensamientos y destruyan toda altanería que se levanta contra la ciencia de Dios, sometiendo toda inteligencia a la obediencia de Cristo*” (2 Co 10,4-5). 6 Si, pues, hay algo que concuerda con el mandamiento de Dios y es provechoso para el alma, y esto nos es ordenado por alguno, 7 debemos aceptarlo como voluntad de Dios, con prontitud y de buen

grado, cumpliendo aquello de: "*Obedeciéndose mutuamente en el amor de Cristo*" (Ef 4,2). 8 Pero si alguien nos manda hacer algo contrario a los mandamientos de Dios, o que parece alterarlos o corromperlos, es tiempo de que digamos: "*Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres*" (Hch 5,29), 9 recordando lo que dice el Señor: "*No siguen la voz de un extraño, sino que huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños*" (Jn 10,5).

Para Basilio, como para todos los grandes maestros de la espiritualidad cristiana y monástica, una cosa es un ejercicio espiritual, o ascetismo, y otra la realidad propiamente cristiana y monástica que tuvo su origen en el bautismo: morir para vivir resucitado con Cristo.

4. Finalidad (*scopós*) de la Regla de san Basilio: la búsqueda de la felicidad (bienaventuranza)

Normalmente los grandes maestros monásticos ponen al centro de su enseñanza el modo en el que sus discípulos participarán del Misterio Pascual de Cristo. En este sentido un Pacomio lo centra en la incorporación dentro del Misterio Bautismal de Cristo (Mt 3) y un Evagrio lo presenta como la victoria sobre el combate con las tentaciones de Cristo en el desierto (Mt 4). Para san Basilio esa participación se da de un modo muy particular. Para Basilio tanto la vida Bautismal (Mt 3) como la victoria sobre las tentaciones (Mt 4) tienen su clave en las bienaventuranzas, tal como Cristo las presenta al salir de las tentaciones en el Desierto (Mt 5). Las bienaventuranzas son las claves de la victoria de Cristo sobre las tentaciones y, por la forma en que las presenta en Mt 5 son la revelación de su victoria y de la vida nueva de "hijos de Dios" por la cual luchó contra un enemigo ("si eres Hijo de Dios..."). De este modo sólo la percepción de la felicidad que encierra cada bienaventuranza puede permitir vencer en el combate y crecer en el camino monástico.

San Benito, como discípulo de Basilio, al construir el Prólogo de su *Regla* tal como lo conocemos hoy, deja muy claramente señalado el fin que busca quien entró en el monasterio:

¹⁴Y el Señor, que busca su obrero entre la muchedumbre del pueblo al que dirige este llamado, dice de nuevo: ¹⁵"¿Quién es el hombre que

quiere la vida y desea ver días felices?” (Sal 33,13). ¹⁶Si tú, al oírlo, respondes “Yo”, Dios te dice: ¹⁷“Si quieres poseer la vida verdadera y eterna...

Lo que busca el monje es muy claro y definido: la vida y ver días felices. San Benito sigue el clásico planteo de la *paideia* filosófica: el hombre obra buscando la felicidad. Sin embargo, tanto san Benito como san Basilio le dan una formulación estrictamente cristiana.

Cada Padre monástico, en sus escritos, ha realizado una presentación del modo en que espera que sus discípulos imiten a Cristo. Y normalmente centraron su enseñanza en torno al Bautismo de Cristo y su ida al desierto para ser tentado, tal como son presentados en el Evangelio de san Mateo (caps. 3-4). Tanto el Bautismo como la lucha del monje contra las tentaciones son una constante en toda la tradición, haciendo cada maestro hincapié en un determinado aspecto más que en el otro. Basilio, siguiendo una clara tradición, opta por la enseñanza que Cristo trasmite a sus discípulos cuando sale del desierto donde fue tentado. Se trata del Sermón de la Montaña, que comienza con las bienaventuranzas. No muy lejano en el tiempo, san Agustín hará lo mismo. El Sermón de la Montaña es visto todo entero bajo la luz de cada una de las bienaventuranzas. Y cada una de ellas es considerada la clave y el arma de Cristo para salir victorioso de las tentaciones en el desierto, donde fue conducido por el Espíritu Santo.

Esta misma enseñanza, tal como la presenta Basilio, la encontramos, no muy lejano en el tiempo, en san Agustín, en su *Comentario al Sermón de la Montaña*. Veamos cómo lo hace san Basilio.

a. “*Bienaventurados los pobres de espíritu...*” (Mt 5, 3)

San Basilio encuentra en esta bienaventuranza la única clave para una verdadera renuncia del monje al mundo y a los bienes. Él mismo lo experimentó de un modo muy fuerte ya que, por su familia y su formación, su vida en el mundo habría tenido un futuro muy prometedor. Sin embargo, en forma repetida, presenta sus reflexiones personales sobre su “renuncia” monástica a los bienes y al mundo y siempre su clave es la primera bienaventuranza que Cristo prometió en el relato de Mateo del Sermón de la Montaña:

Cuestión 125:

Pregunta: ¿Quiénes son los *pobres de espíritu*? (Mt 5,3)

Respuesta: 1 El Señor dice algunas veces: Las palabras que les he dicho son espíritu y vida; 2 y otras veces: El mismo Espíritu Santo les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho. Pues no hablará de sí, sino que les hablará sobre todo lo que ha oído. 3 Estos son los pobres de espíritu, los que no son pobres por otra causa sino por la doctrina del Señor que dice: *Ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres*. 4 Pero si alguien es lo que es porque se lo ha impuesto la pobreza, según la voluntad del Señor, la sobrelleva y obra como Lázaro, tampoco éste será ajeno a la bienaventuranza, 5 porque el Señor manda: *No estén preocupados por lo que van a comer o beber o por lo que van a ponerse* (Mt 6).

Basilio entra en el corazón mismo de la renuncia monástica y por eso puede decir por experiencia: sólo quien renuncia por la bienaventuranza de Cristo puede sobrellevarla verdaderamente. Tanto si lo ha hecho de modo libre y generoso, como si es pobre por imposición de las circunstancias. En ambos casos la bienaventuranza de Cristo es el único motivo que puede permitir vivirlo y sostenerlo. Y lo que se encuentra en la bienaventuranza es el mismo Espíritu ("*pobres de espíritu*") que llevó a Cristo al desierto para ser tentado por el hambre, la sed, las riquezas. Detrás de cada bienaventuranza está la clave de Cristo y del Espíritu Santo para vencer cada tentación. En Evagrio las tentaciones se enfrentaban, como hizo Cristo, respondiendo con la Palabra de Dios. Basilio, en cambio, sólo ve posible que se viva la verdadera pobreza en el Espíritu si se vive la bienaventuranza que contiene. Con ello Basilio quiere señalar que la bienaventuranza no es una cosa futura, es el poder vivirla desde ahora lo que da fuerza para sostener la renuncia. El "gustar" la bienaventuranza es lo que realmente motiva. Y esto para cada virtud. San Benito, siguiendo este modo de ver de san Basilio, no sólo llama a aquel que "ama la vida y quiere vivir días felices", sino que también agrega:

Si tú, al oírlo, respondes "Yo", Dios te dice: "*Si quieres poseer la vida verdadera y eterna, guarda tu lengua del mal, y que tus labios no hablen con falsedad. Apártate del mal y haz el bien (fac bonum); busca la paz y síguela*" (Sal 33,14 s.) (RB Prol. 16-17).

Esta felicidad y este hacer el “bien” (*bonum*) al que invita san Benito es lo mismo que piensa Basilio. El “*bonum*” de los Padres latinos es el bien que deleita, no el bien que sólo es esfuerzo, como pasó a ser después. Esta es la acepción del término en los Padres. Quien obra el bien gusta la bienaventuranza de Cristo.

Por otra parte, en esta bienaventuranza es fundamental ver la acción del Espíritu (... *pobre de espíritu*). No debemos olvidar que san Basilio es el gran defensor de la divinidad del Espíritu (lo que en su tiempo todavía tenía detractores), que será ratificada en el Concilio de Calcedonia gracias a la presencia de los otros dos capadocios. Sin embargo, el gran argumento de Basilio para afirmar la divinidad del Espíritu es señalar cómo Él completa en el monje la acción del Hijo y del Padre haciéndole vivir la vida beata, la bienaventuranza. Por eso detrás de las bienaventuranzas que sostienen la vida del monje santo, para Basilio está la misma prueba de la divinidad del Espíritu.

b. Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados... (Mt 5,4)

Continúa san Basilio con la bienaventuranza que, en el pensamiento de los Padres monásticos, es la disposición permanente del corazón del monje: la compunción (el *penthos*).

Cuestión 194:

Pregunta: ¿Cuál es el luto que nos hace dignos de la dicha por el Señor? (Mt 5.5): bienaventurados los que lloran (*penthos*).

Respuesta: Esta pregunta ya está contenida en la tristeza según Dios (Regla breve 192): somos dignos de dicha cuando lloramos por los pecados, tanto por la indignación traída a Dios, porque quien transgrede la ley ofende a Dios, y por aquellos que están en peligro de pecar. De hecho, se dice: el alma pecadora morirá (Ezequiel 18,4). Y debemos imitar a quien dijo: lloraré a muchos que han pecado (2 Co 12,21).

Otra vez la bienaventuranza, y la que podría ser la más penosa, cercana a la mala tristeza, lleva al monje a la “dicha del Señor”.

c. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.... (Mt 5,6)*

En esta bienaventuranza Basilio encuentra una síntesis de “todo lo que se refiere a la religión”.

Cuestión 90

Pregunta: ¿Cómo hay que ayunar cuando se prescribe un ayuno obligatorio; y si cuando la religión pide algo, hay que cumplirlo por obligación o voluntariamente?

Respuesta: 1 (Puesto) que el Señor dice: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia*, todo lo que se refiere a la religión, si no se hace intencionadamente y con devoción, engendra un peligro; por tanto, el ayuno debe estar asociado a la devoción. 2 Que el ayuno sea necesario en determinadas circunstancias, y principalmente cuando deseamos pedir algo al Señor, lo enseña asimismo el santo Apóstol, 3 quien entre otras virtudes suyas añade también ésta: He ayunado frecuentemente.

Aquí Basilio nos presenta el porqué del lugar que asigna a las bienaventuranzas como fuerza motora de la vida del monje: sólo que se hace voluntariamente, es decir por amor. Lo que tiene otra motivación no sólo no se podrá sostener, sino que además es “peligroso”. La motivación es la que lleva a la pureza del corazón.

d. *Bienaventurados los perseguidos por la justicia.... (Mt 5,10)*

Esta es la bienaventuranza más citada por Basilio. El motivo no es tanto por la virtud de la paciencia, sino porque en el amor a los que persiguen y molestan san Basilio encuentra el amor más grande que puede tener el monje.

Cuestión 39:

Pregunta: ¿Cómo podrá alguien realizar la caridad para con el prójimo?

Respuesta: 1 Primero temiendo el juicio del que quebranta el mandamiento del Señor, porque él mismo dice: *El que no cree en el Hijo*

no tendrá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él; 2 luego con el deseo ardiente de llegar a la vida eterna, porque su mandamiento es la vida eterna. 3 Pues primer y gran mandamiento es: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente con toda tu alma; el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. 4 Y al desear ser semejante al Señor (cumple) lo que dice: Les doy un mandamiento nuevo, que se amen unos a otros como yo los he amado. 5 Sin embargo, el sentido común (también) nos lleva a estos sentimientos, porque si recibimos un beneficio de nuestro hermano, por el hecho de que somos amados por él, nos tornamos sus deudores y lo amamos porque lo merece; 6 lo cual incluso puede observarse entre los paganos, y el Señor lo dice en el Evangelio: si aman a las que los aman, ¿qué mérito tienen? También los pecadores y los paganos aman a quienes los aman, 7 Pero si alguien nos ofende en algo o nos contraría, debemos amarlo no sólo por causa del mandamiento, sino también por eso mismo de que nos obtiene un mayor provecho en cuanto que nos ofende, 8 si creemos lo que dice el Señor: Bienaventurados serán cuando los insulten y persigan y digan con mentira toda clase de mal contra ustedes, a causa de mí. 9 Alégrese y regocíjense porque grande es su recompensa en el cielo.

Otra vez san Basilio es muy claro y sutil: el Señor ha dado un mandamiento de amar al enemigo. Sin embargo, para alcanzar el verdadero amor, el que hace bien también al que ama, sólo la bienaventuranza de los perseguidos puede dar el gozo y la alegría que permiten vivirlo en plenitud.

5. El camino de la paideia: el descubrimiento de sí

a. La propia interioridad

Basilio espera que, para poder realizar este camino, el monje descubra que esa búsqueda de la felicidad, de la bienaventuranza, del Señor, es algo que lleva grabado en su corazón. Tratando de clarificar el sentido de la lectura en la schola pagana y cristiana Studer dice: *En la escuela antigua el discípulo leía y meditaba bajo la guía de un maestro los textos, que se imprimían en su memoria y se juzgaba acerca de su belleza y utilidad*¹⁰.

10 STUDER B., La "Schola Christi" nella Regola di san Benedetto, en *Studia Anselmiana* 134 (2002), 489-510, 491.

El *Libro* tenía por finalidad primera llevar al lector al conocimiento de sí mismo y, desde ese interior, contemplar que lo que busca está no tanto en el Libro, sino en su corazón y, a partir de allí, trabajar sobre sí mismo. Esto lo encontramos ya en Sócrates que, con su "conócete a ti mismo" inspira a la tradición cristiana que, en Evagrio, Casiano y Doroteo encuentra un eco vivo y renovado. Basilio, en la primera pregunta de la *Regla* latina, al hablar del primer mandamiento del amor a Dios, dice:

Cuestión 2:

9 Estando así las cosas, esto mismo también podemos constatarlo sobre la caridad. 10 Hemos recibido el mandato de amar a Dios: el alma lleva inserta firmemente en ella, desde su primera creación por Dios, la fuerza del amor. 11 Acerca de esto no necesitamos ningún testimonio externo. Cada uno de nosotros toma en sí mismo y de sí mismo las pruebas de estas cosas que decimos. 12 Todo hombre desea lo que es bueno, y abrazamos con un afecto, por así decir natural, todo lo que juzgamos bueno. 13 También abrazamos con amor a nuestros consanguíneos y prójimos según la carne, sin que nadie nos lo enseñe; nos sentimos, por tanto, ligados por gran afecto y gratitud con aquel de quienes recibimos beneficios.

14 ¿Quién otro puede haber tan bueno como Dios? Más aún ¿quién otro puede ser bueno, sino el único Dios? 15 ¿Hay acaso otra belleza, otro esplendor, otra hermosura que nos incite naturalmente a amar, como la que (sabemos) está, y debemos creer que existe, en Dios? 16 ¿Dónde (encontraremos) semejante gracia? ¿Qué otra llama de amor encenderá lo más escondido e interior del alma, así como el amor de Dios debe inflamar lo arcano de la mente, 17 sobre todo si está purificada de toda mancha, si el alma es pura, y con afecto verdadero dice: *Estoy herida por el amor?* 18 Siento que el amor de Dios es totalmente inefable, y que es más fácil sentirlo que poder expresarlo, es una cierta luz inenarrable; aunque la palabra lo compare con el rayo o con el relámpago, el oído no lo escuchará. 19 Si tomas los fulgores del lucero, el esplendor de la luna, la misma luz del sol, con su gloria, todas las cosas son tan oscuras y tenebrosas, como si se comparara la noche más negra y sumergida en la oscuridad de una profunda tiniebla con la luz limpiísima del sol de mediodía. 20 Esta hermosura no se puede ver con los ojos corporales, sólo se la percibe con el alma y con la mente: 21 si esta hermosura

llega acaso a rozar la mente y el alma de los santos, clava en ellos el llameante aguijón de su amor. 22 Por eso, consumiéndose como por un fuego de amor y teniendo horror a la vida presente, uno de ellos decía: *¿Cuándo iré y me presentaré ante el rostro de Dios?* (Sal 26) y nuevamente decía, inflamado con el fuego de este ardor: *Mi alma tiene sed del Dios vivo*, (Sal 41) 24 y ardiendo con un deseo insaciable, oraba para ver la voluntad del Señor y ser protegido en su templo santo; así, pues, deseamos también naturalmente las cosas que son buenas y las amamos.

No estamos acostumbrados a oír en los maestros monásticos palabras que hablen de la belleza de la interioridad del monje. Sin embargo, todos lo dan por supuesto. En efecto, detrás de todo ese lenguaje que habla de la renuncia a la voluntad propia tan frecuente y repetido en las reglas monásticas, ellos están refiriéndose al amor fundamental, que reside en la voluntad y es natural al hombre. La voluntad propia es fruto del pecado y anti natural. La búsqueda de la bienaventuranza es la realidad primera y ella se encuentra en el amor. Por eso, solo cuando ella es vencida, entonces el amor a Dios y los hermanos brota naturalmente en el interior del monje.

En efecto, Basilio percibe, en lo más profundo del hombre, la salud, no la enfermedad. Y por eso inmediatamente define el pecado y el mal: el desorden de lo que Dios ha puesto en el hombre. Y por eso el dinamismo de la gracia hará descubrir al cristiano su verdadera identidad filial y sus talentos propios.

b. La identidad como miembro del Cuerpo de Cristo;

Otra realidad que el monje llega a descubrir grabada en su corazón es la vida de sus hermanos como miembros de su propio ser. Después de esta primera pregunta de la *Regla* llegamos a la *Cuestión 3*, famosa en la tradición monástica. En ella Basilio lleva al monje a descubrir en sí mismo la figura de un “miembro” de un Cuerpo, que es el de Cristo:

Pregunta: Puesto que tu palabra nos demuestra que es peligroso convivir con los que desprecian los mandamientos, ahora queremos aprender si es necesario que quien se ha apartado de tal compañía viva separado y solitario, o si debe juntarse con hermanos que tienen el mismo propósito y los mismos ideales.

Respuesta: 1 Considero por muchas razones que es útil llevar vida en común con los que tienen la misma voluntad y el mismo propósito, 2 en primer lugar, porque también para las necesidades materiales y el servicio de los alimentos ninguno de nosotros se basta solo, a sí mismo, y por tanto en lo que se refiere a los servicios mutuos que son indispensables en nuestra vida necesitamos unos de otros para nuestros trabajos. 3 Así como el pie del hombre en ciertos casos utiliza sus propias fuerzas, y en cambio en otros necesita las ajenas, y sin la ayuda de los otros miembros no puede cumplir su obra ni bastarse con sus propias fuerzas, 4 así también me parece que en la vida solitaria se padece (el hecho) de que ni lo que hay en ella puede ser útil (a otros), ni puede adquirirse (de otros) lo que falta. 5 Además el orden de la caridad no permite a nadie buscar su propio interés, como dice el Apóstol: *La caridad no busca su propio interés.*

6 Finalmente, nadie puede discernir con facilidad sus culpas y vicios, pues no hay quien se los reproche; 7 con facilidad le puede suceder a este hombre lo que está escrito: *Pobre del que está solo pues si cae, no hay nadie que lo ayude a levantarse.* 8 Pero también los mandamientos se cumplen más fácilmente entre muchos, en cambio el que está solo, cuando parece que cumple (un mandamiento) no puede cumplir otro: piensa, por ejemplo, ¿cómo visitará a un enfermo quien está solo?, ¿cómo recibirá a un peregrino? 9 Si verdaderamente todos somos el cuerpo de Cristo, y somos los unos miembros de los otros, debemos adaptarnos y unirnos los unos a los otros por un trabajo armónico, en el Espíritu Santo, como en un solo cuerpo. 10 Pero si cada uno de nosotros eligiera la vida solitaria, no por una causa o un motivo agradables a Dios o que congregase a todos en una común generosidad, sino para satisfacer las propias voluntades y pasiones, 11 ¿cómo podremos, separados y divididos, alcanzar la recíproca concordia de los miembros? 12 Este tal no se alegra con los que se alegran, ni llora con los que lloran, ya que, separado y dividido de los demás, ni siquiera podrá conocer las necesidades de sus prójimos.

13 Es imposible que uno solo pueda recibir todos los dones del Espíritu Santo, ya que la distribución de los dones espirituales se hace según la medida de la fe de cada uno, 14 de modo que lo que se distribuye parcialmente a cada uno, se una de nuevo y coopere, como miembros, a la edificación de un único cuerpo. 15 *A uno se le dan palabras de sabiduría, a otros palabras de ciencia, a otro de fe, a otro la profecía,*

a otro el don de curación, y lo que sigue; todos estos dones cada uno los recibe del Espíritu Santo, no tanto para sí cuanto para los otros. 16 Por eso es necesario que la gracia que cada uno recibió del Espíritu de Dios sea de provecho para todos. 17 Puede suceder que quien vive alejado y separado reciba alguna gracia, y esto mismo le será inútil porque no la hace producir, sino que la entierra en sí mismo. 18 Y cuán peligroso sea hacer esto lo saben todos los que han leído el Evangelio. 19 Por el contrario, si comunica la gracia recibida a los demás, mientras él la aprovecha verdaderamente –y ella se multiplica en él al comunicarla a las demás– él mismo saca beneficio de la gracia de los otros.

Este texto es tan radical en cuanto a reconocer al monje como un “miembro” de un cuerpo, como también en no dejar lugar a dudas de que Cristo es un Cuerpo y que cada hermano lleva al otro como miembro suyo. Y en un cuerpo, más allá de que cada miembro tiene sus características propias, solo cuando están unidos al cuerpo pueden vivir y realizar lo que les es propio. De este modo, desde el comienzo de su *Regla*, Basilio hace reconocer al monje su interioridad y realidad más profunda: ser un miembro vivo de Cristo.

6. El encadenamiento del texto

La indisolubilidad de la forma de un texto y su mensaje, su contenido, recibe una de sus manifestaciones más claras en lo que los estudiosos han llamado “el encadenamiento del texto”.

Como es natural en todo el pensamiento humano, una exposición debe seguir una lógica. Ahora bien, para este tipo de literatura, que busca la conversión del lector, el principio metodológico fundamental es el encadenamiento de las ideas o “concatenación” de los pensamientos, con el que el autor va llevando al progreso del que lo lee.

La “concatenación” es un recurso literario que, como instrumento del pensar, se remonta a la filosofía griega y al pensamiento semítico y bíblico. Es en Aristóteles donde el concepto de “concatenación” (en griego “*akoluthía*”) se une estrechamente al de “ciencia”, haciendo que el verdadero saber sea el de encontrar la “concatenación” del discurso y de los mismos procesos naturales, sean materiales o espirituales. Esto permite conocer las cosas por sus causas,

no limitándose a una pura descripción de los hechos sino demostrando su encadenamiento y sus últimas causas. En el mundo bíblico la concatenación de un texto estaba orientada a hacer vivir al lector el proceso espiritual del personaje protagonista o del Espíritu de Dios (en las Escrituras).

Como sucedió con tantos conceptos filosóficos griegos, Filón lo incorporó dentro de su sistema teológico y lo aplicó a la lectura de las Escrituras. La exégesis y hermenéutica de un texto pasa por conocer su "concatenación" (akoluthía), su encadenamiento¹¹. El saber bíblico está en descubrir que el texto está "encadenado", aunque a primera vista el lector no lo capte. Pero no se trata del simple encadenamiento lógico, sino del proceso espiritual que encierra. De esta manera, la tradición de los Padres de la Iglesia descubrió y señaló de modo insistente el encadenamiento de los cinco libros de que está compuesto el Salterio, que comienza, en sus primeros salmos, con la súplica, y termina todo el libro con lo que es la meta del crecimiento espiritual: la alabanza¹². También señalaron la progresión encadenada de los Libros Sapienciales: los *Proverbios* son para el que está comenzando; el *Eclesiastés*, para los que avanzan y se desprenden de las "vanidades del mundo"; y el tercero, para los adultos en la vida espiritual, está el *Libro de la Sabiduría* y el *Cantar de los Cantares*.

Dentro del mundo latino este concepto de "akoluthía" es traducido como "concatenatio", que considera las cosas así "encadenadas" como una totalidad de sentido. Esta apreciación es de interés pues manifiesta más específicamente la naturaleza de la "concatenación". No se trata simplemente de seguir un encadenamiento hasta llegar a las causas, sino también de poner de manifiesto la unidad y coherencia del conjunto y las relaciones íntimas entre elementos distantes de un mismo pensar. En efecto, la "concatenación" considera el proceso

11 Un tratamiento reciente acerca del uso de la "concatenación" en la retórica cristiana, con ciertas críticas a perspectivas anteriores, se encuentra en GREGOIRE DE NYSSE, *Sur les titres des psaumes*, ed. Jean Reynard (Sources Chrétiennes 466), Paris 2002, 31-40.

12 Hoy día, la exégesis propiciada por A. Sckökel se opone a ver relación de continuidad entre los salmos. Pero curiosamente Schökel encontró una: la de los salmos 49-50 y la presentó como una excepción y una novedad, cuando los Padres de la Iglesia ya la habían notado en el siglo IV. Por eso es interesante notar que los discípulos y sucesores de Schökel no sólo han reconocido la concatenación de los salmos, sino que han vuelto a estudiarla y a señalar riquezas muy grandes que se derivan de esos descubrimientos. cfr. AUWERS J. M., *La composition littéraire du Psautier. Un état de la question*, Paris 2000, 89-93 y LOHFINK N., *All'ombra delle tue alli. Meditazioni sull'Antico Testamento*, Casale Monferrato 2002, 158-180.

más fundamental del ser humano: su crecimiento paulatino, en etapas que, si se tratase de simples concatenaciones lógicas, podrían ser entendidas por el simple recurso al silogismo, pero en nuestro caso exige necesariamente vivir aquello de lo que se está hablando.

Este papel fundamental de la “concatenación” en el pensamiento de los grandes maestros y Padres de la Iglesia ha sido señalado por M. J. Rondeau¹³ y el Cardenal J. Daniélou¹⁴. Este último ha hecho un estudio detallado de la presencia de la “concatenación” en el sistema teológico de Gregorio de Nisa y en el ordenamiento de sus escritos. Según él la “concatenación” es uno de los instrumentos claves que estructuran el pensamiento de Gregorio de Nisa. Y esta estructura pasa también del ámbito conceptual al literario, dando a su producción literaria una organización e incluso una cronología identificable. Tal como Daniélou ha demostrado, Gregorio de Nisa identifica la “*theoría*”¹⁵ o “contemplación” con la percepción de la “concatenación” de las cosas y de los textos. La “concatenación” es la ley más profunda del pensar y del ser –el desarrollo de la vida–, y lleva a que todas las cosas se orienten de un modo lógico y coherente hacia una recapitulación final¹⁶ (de hecho, cuando en español se habla de un “ana-coluto”, se quiere decir que en un discurso no hay una sucesión “lógica” en las ideas expuestas). Esto llevó a que, desde muy temprano, los grandes autores espirituales como Casiano (+ 425) hablasen de la vida espiritual como una ciencia, en la que hay que saber reconocer los procesos que se viven y su encadenamiento, en especial, los movimientos de nuestras pasiones que es tan complejo que si no se los estudia con “ciencia” y “sabiduría” nunca sabremos por dónde empezar la lucha, sabiendo cómo se encadenan y se des-encadenan, cuál aparece primero y a cuál otra lleva después, para que el trabajo ascético no sea inútil.

Normalmente una concatenación o encadenamiento se forma gracias al empleo de elementos que unen un texto con otro, y que reciben el nombre de “gancho”. Ellos pueden ser palabras, giros de la lengua, imágenes, citas, tal como se da en las primeras dos respuestas de Basilio con el uso del texto de Mt 22:

13 RONDEAU M. J., *Les commentaires patristiques du psautier*, Vol. I, Roma 1982, 112-116.

14 Sus trabajos más importantes al respecto están recopilados en DANIÉLOU J., *L'être et le temps chez Grégoire de Nysse*, Leiden 1970, 18-50.

15 *Id.* 1-17.

16 Cfr. DANIÉLOU J., *L'être et le temps chez Grégoire de Nysse*, Leiden 1970, 205-226.

Cuestión 1:

Respuesta 1º: 1 La pregunta de ustedes es antigua, y fue propuesta en otro tiempo en el Evangelio, cuando un doctor de la Ley se acercó al Señor y le dijo: “*Maestro, ¿cuál es el primer mandamiento de la Ley?*” 2 Y el Señor le respondió: “*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas: este es el primero y el mayor de los mandamientos. 3 El segundo es semejante a éste; amarás a tu prójimo como a ti mismo*” (Mt 22,36-39).

Cuestión 2:

Respuesta 2º: 1 Qué bien han escogido al comienzo de esta conversación, de manera muy conveniente a nuestro propósito. Por tanto, con la ayuda de Dios, haremos lo que dicen, 2 Ante todo hay que saber que este mandamiento ciertamente parece ser uno solo, pero abarca e incluye en sí la fuerza de todos los mandamientos, como dice el Señor mismo: “*De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los profetas*” (Mt 22,40)¹⁷.

Desde el comienzo de su *Regla*, Basilio quiere que el lector se dé cuenta de que lo que está leyendo está en orden y encadenado. Estos dos primeros textos están unidos por el uso de dos pasajes consecutivos de Mt 22. Sin embargo, esto que se da de un modo tan explícito, en otros pasajes de la *Regla* de san Basilio se da de forma más velada, pero en todos los casos es importante descubrirlo porque ello permite descubrir la “*mens*” del autor y la forma en que asocia y relaciona los temas, muchas veces de un modo muy distinto al nuestro. San Benito en su *Regla* ha hecho lo mismo y el trabajo de tratar de dilucidarlo es un verdadero trabajo postergado por la exégesis crítico literaria que no tiene en cuenta los procesos exegéticos propiamente patrísticos y bíblicos y por eso quedan ciegos a captar aquellos recursos propios de la retórica de su tiempo y ver qué riqueza de enfoque proporciona a quien los encuentra. Sin embargo, insistimos, el mayor problema es que estos instrumentos antiguos implican no sólo una lucidez mental, sino una conversión de vida para ver lo que el autor estaba viendo, y esto implica, por eso

17 “*Quia in his duobus mandatis universa lex pendet et prophetae*” (Matth. XXII). Este “*principium*” se mantiene en las Grandes Reglas (1ª y 2ª).

mismo, algo más serio que una simple dedicación estudiosa¹⁸. Un ejemplo típico es el dilema de los estudiosos de la RB sobre el por qué san Benito, al terminar el capítulo 7 sobre la humildad, pasó a describir la liturgia (caps. 8-20), cuando en la Regla del Maestro vienen mucho después y, en cambio, en el capítulo que le sigue al de la humildad el Maestro encadena perfectamente su discurso, pero con un tema que no tiene nada que ver con el de san Benito. Ahora bien, esta opción de cada uno por un tema u otro revela su forma personal de relacionar y “encadenar” las ideas y cómo entiende y quiere provocar los procesos en la vida del monje.

Teniendo en cuenta toda esta riqueza contenida en la “concatenación” de un texto, vamos a ver, primero, el uso que hace de ella Basilio en su Regla, tomando siempre como punto de partida que él mismo está esperando que el lector esté a la búsqueda de esa concatenación como meta de la comprensión del mensaje que Basilio quiere dejarle.

a. “Encadenamiento” y procesos espirituales.

Repetimos lo ya dicho: el encadenamiento de un texto responde, según el autor, al encadenamiento de los procesos de crecimiento del alma del lector. Por eso el descubrimiento de la concatenación o encadenamiento del texto está más ligado al haber realizado (o estar dispuesto a realizar) ese proceso espiritual que a captar una lógica externa. El Cardenal De Lubac señaló cómo, desde Orígenes, los Padres hablaban de un verdadero proceso de conversión para poder comprender un texto, en particular de la Sagrada Escritura¹⁹ o de una obra como la *Regla* de san Basilio, que está toda referida a la Escritura. Veamos la primera pregunta de la *Regla* de Basilio:

Pregunta 1: Como tu palabra nos dio la ocasión para preguntar queremos en primer lugar que nos enseñes si existe algún orden (*taxis*) y sucesión

18 Para ver este uso del encadenamiento en la RB puede verse el reciente estudio publicado en *Collectanea Cisterciensia* 74 (2012-2), 146-178: JOYAU, G., *Vivre selon la Règle de saint Benoît. Un analyse de la Règle*.

19 La exposición más detallada y sintética la hace en la conclusión de su estudio sobre Orígenes: *Histoire et esprit. L'intelligence de l'Écriture d'après Origène*, Paris 1950. Ese capítulo de Conclusión es tan importante que lo repite íntegro al comienzo de su siguiente obra: *L'Écriture dans la tradition*, Paris 1966, 11-47.

lógica (*akoluthía*) en los mandamientos de Dios: si hay alguno que sea el primero, y otro el segundo, y así los otros por orden; o bien si todos los mandamientos se relacionan mutuamente y son iguales, de modo que se pueda elegir comenzar por donde uno quiere, como si se tratara de un círculo o de una corona.

Respuesta: 1 La pregunta de ustedes es antigua, y fue propuesta en otro tiempo en el Evangelio, cuando un doctor de la Ley se acercó al Señor y le dijo: *Maestro, ¿cuál es el primer mandamiento de la Ley?* 2 Y el Señor le respondió: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas: este es el primero y el mayor de los mandamientos.* 3 *El segundo es semejante a éste; amarás a tu prójimo como a ti mismo.* 4 Por tanto, el Señor mismo estableció un orden para los mandamientos, al decir que el primero y más grande es amar a Dios con todo el corazón y con toda la mente; 5 y que el segundo, en el orden y la sucesión, similar al primero por fuerza, o más bien completando el primero y dependiente de aquel, es el de amar al prójimo como a sí mismo. 6 Respecto al orden de los demás, lo encontrarás de modo semejante en las Sagradas Escrituras. Estimo que se conserva un orden (*taxis*) en todos los mandamientos, y una secuencia (*akoluthía*) de las prescripciones.

Como puede verse, los mandamientos y los textos que los contienen, tienen, para Basilio, un orden, y ese orden revela la forma en que deben vivirse, por donde “comenzar” y cómo seguir. Al leer la *Regla* de san Basilio se debe tener en cuenta que detrás de la sucesión del texto, Basilio está presentando ante los ojos del lector todo un itinerario espiritual y, por eso mismo, no se pueden saltar preguntas o cuestiones pues ello revelaría que no se está pudiendo captar la conexión de un texto (y una realidad) con el que le precede y con el que le sigue y, por eso mismo se está dando una captación superficial del texto, puramente conceptual, sin poder captar la totalidad de la realidad tal como la está viendo el autor. Y no es de extrañar que todo comience, como dice el texto de Basilio, con el mandamiento del amor a Dios, y que el amor sea, tal como vimos en el punto anterior acerca de la interioridad, la realidad primera en la vida del monje o del cristiano.

Esto también podría decirse de otro modo: quien quiere conocer cómo pensaba verdaderamente san Basilio y cuál era su perfil espiritual, debe comprender

por qué –a modo de ejemplo– colocó el contenido de la cuestión 40 después del de la 39, aunque al lector le parezca que no hay, entre sus contenidos, ninguna conexión “lógica”. Pero para eso es necesario haber vivido o estar dispuesto a vivir, lo que Basilio está señalando.

b. Encadenamiento del texto y el “progreso espiritual”

El encadenamiento no sólo supone la conexión entre un texto con lo que sigue, sino que encierra un verdadero “progreso” espiritual para el lector. El progreso espiritual del lector es el objetivo fundamental que perseguía un escritor de una obra de esta naturaleza. Hoy se piensa en el progreso espiritual como un lugar común en la literatura de edificación. Sin embargo, en el cristianismo, y por la forma en que lo presentaron estos primeros Padres de la Iglesia, significó un verdadero cambio radical respecto de la concepción de la vida espiritual entendida como un cúmulo de obras que solo se cualifican por su forma exterior. Cuando la interioridad asume una importancia como la que tiene en la predicación de Cristo, entonces la motivación del obrar da toda una diversidad de matices que llevan a que el progreso espiritual sea lo que da sentido al resto de las observancias y obras exteriores que, por sí mismas, son siempre las mismas (horarios, ejercicios, ritos, etc.), tal como lo presenta san Benito al terminar el capítulo 7 de la humildad:

⁶⁷Cuando el monje haya subido estos grados de humildad, llegará pronto a aquel amor de Dios que “siendo perfecto excluye todo temor” (1 Jn 4,18), ⁶⁸en virtud del cual lo que antes observaba no sin temor, empezará a cumplirlo como naturalmente, como por costumbre, ⁶⁹y no ya por temor del infierno sino por amor a Cristo, por el mismo hábito bueno y por el atractivo de las virtudes. ⁷⁰Todo lo cual el Señor se dignará manifestar por el Espíritu Santo en su obrero, cuando ya esté limpio de vicios y pecados (RB 7).

Toda la escala de la humildad recibe un cierto carácter de dinamismo de crecimiento encadenado y progresivo, y su culmen se hace manifiesto cuando las mismas cosas que antes se hacían por temor, ahora se viven en el amor.

A modo de ejemplo presentamos algunos pasajes de la *Regla* de san Basilio:

Cuestión 86:

Pregunta: Los que ya han progresado en el trabajo de la obra de Dios ¿cómo deben instruir y educar a los recién llegados?

Respuesta: 1 Si aún son fuertes físicamente, por el hecho de que se muestran sin pereza y dispuestos para todos los oficios humildes que se les encomiendan, exhibiéndose a sí mismos a los recién llegados, edificándolos y dándoles un ejemplo útil para todo progreso. 2 Pero si son físicamente más débiles, les serán útiles mostrándoles en todos sus actos y movimientos, como también en su mismo rostro, que tienen siempre presente a Dios y piensan (en Él); 3 y también que aman con especial afecto aquellas cualidades que enumera el Apóstol diciendo: 4 *La caridad es paciente, es bondadosa, no es envidiosa, no obra el mal, no se hincha, no es deshonesto, no busca su propia ventaja, no se irrita, no piensa mal,* 5 *no se alegra por la maldad, sino que se alegra con la verdad; todo lo sufre, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad nunca se acaba.* 6 Todo esto se puede cumplir también con un cuerpo débil.

Y también:

Cuestión 144:

Pregunta: En el progreso respecto a los mandamientos de Dios, ¿hay una sola medida para todos? ¿O bien, uno tendrá más y otro menos?

Respuesta: 1 Que no hay una sola medida para todos porque a uno se le confía más, a otro menos, es manifiesto por las mismas palabras del Señor que ahora dice: 2 Otra semilla cayó en tierra buena, y éste es el que escucha mis palabras y las comprende, y da mucho fruto, uno ciento, otro sesenta y otro treinta. 3 Esto mismo también se encuentra en los que recibieron dinero, pues se dice que a uno le fueron dados cinco talentos, a otro dos, a otro uno.

c. Concatenación del texto y seguimiento (*akoluthía*) de Cristo

Finalmente, como último elemento que confirma este carácter inseparable del instrumento retórico y el contenido del mismo, queremos llamar la atención de cómo Basilio pasa del encadenamiento o seguimiento (*akoluthía*) del orden del texto (que sigue el proceso de crecimiento espiritual), al seguimiento (*akoluthía*) de Cristo mismo, en su persona viva y no en una enseñanza muerta. El verdadero sentido del encadenamiento de las enseñanzas de Basilio y de Cristo mismo es mostrar, como le dijo al joven rico, que siempre hay un paso más, porque la vida nueva en el Espíritu Santo no se reduce a un cumplimiento estático, sino a un dinamismo de vida (*conversatio*), que, como decía el hermano de Basilio en su *Vida de Moisés*, siempre hay un paso más hacia adelante, tal como lo decía magistralmente el Apóstol a los Filipenses: *olvidando lo que queda atrás, me lanzo hacia la meta que Cristo me tiene preparada* (cfr. Flp 3,14). Y ello no puede saberse por anticipado, debe seguirse a Cristo y encontrar las cosas que Él mismo presente:

*«En esto se le acercó uno y le dijo: “Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna?”. Él le dijo: “¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es el Bueno. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos”. “¿Cuáles?” –le dice él–. Y Jesús dijo: “No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Dícele el joven: “Todo eso lo he guardado; ¿qué más me falta?”. Jesús le dijo: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego sígueme (*akolouthei moi*)”. Al oír estas palabras, el joven se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes» (Mt 19,16-22).*

De este modo, después de haber señalado en las preguntas 1-3 que el escrito tiene un orden, y que ese orden señala el camino del progreso espiritual para el lector, y por eso debe leerse y captarse el encadenamiento de una cuestión con otra, en la *Cuestión 4* Basilio pone de manifiesto que ese orden del progreso espiritual no es otro que el orden del que sigue a Cristo mismo, con toda su vida y su ser:

Pregunta: ¿Para iniciar aquél género de vida y de conducta que es según Dios, es necesario antes renunciar a todas las cosas?

Respuesta: 1 Al decir nuestro Señor y Salvador Jesucristo: "Si alguno quiere venir en pos de mí niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (*akolutheito moi*, Mt 16,24)", 2 y de nuevo: "El que no renuncia a todo lo que posee no puede ser mi discípulo" (Lc 14,33), 3 (establece) que el que viene con la intención de seguir (*akoluthía*) al Señor, también debe negarse a sí mismo y tomar su cruz: es cierto que ya antes renunció al diablo y a sus obras. 4 Pero esto suelen hacerlo no los que han progresado en la vida o los que ya tienden a la perfección, sino los que están en los primeros pasos de la vida cristiana.

5 La renuncia del hombre a sí mismo, como dijimos más arriba (consiste) en lo siguiente, a saber: renunciar tanto a sus hábitos anteriores y a su vida (pasada), 6 cuanto a sus costumbres y a los placeres de este mundo, y también a los parentescos según la carne, sobre todo a aquellos que podrían impedir su propósito, 7 considerando más bien como padres suyos a los que lo engendraron en Cristo Jesús mediante el Evangelio, y como hermanos a los que han recibido el mismo Espíritu de adoración, estando convencido de que todas las posesiones no son tuyas. 8 Para decirlo brevemente, aquel para quien a causa de Cristo el mundo entero está crucificado y él mismo está crucificado para el mundo (cfr. Ga 6,14), ¿cómo puede hacerse esclavo de los pensamientos y de las solicitudes del mundo, cuando el Señor le manda que a causa de él renuncie hasta a la vida misma? 9 La renuncia es perfecta en él si se mantiene totalmente alejado de las pasiones mientras aún vive en el cuerpo, 10 pero comienza a hacer esto ante todo en las cosas exteriores, es decir en las posesiones, en la vanagloria y en otras cosas semejantes, de modo que primero se haga ajeno a ellas.

11 Esto es lo que nos enseñaron los Apóstoles Santiago y Juan, que abandonaron a su padre Zebedeo y a la misma nave en la que estaban, 12 y también Mateo, quien, abandonando el despacho de los impuestos, se levantó y siguió al Señor; él no sólo renunció a las ganancias de los impuestos, sino que también despreció el peligro, 13 que podía provenir de las autoridades civiles por haber dado las cuentas de los impuestos incompletas y en desorden. 14 Tanto lo pulsaba su ardiente deseo de seguir al Señor, que ya no le preocupó absolutamente ningún cuidado ni pensamiento de esta vida, 15 porque no se debe tener ninguna consideración por el afecto hacia los padres, si estos se oponen a los preceptos del Señor, ni por ningún otro deleite humano que pudiera impedirle alcanzar lo que se ha propuesto; así nos lo enseña el Señor

diciendo: 16 “*Si alguien viene a mí y no odia a su padre y a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo*” (Lc 14,26). 17 Lo que es semejante a aquello que había dicho, a saber que uno se niega a sí mismo.

Y en la interrogación siguiente, vuelve a insistir Basilio:

Cuestión 5:

Pregunta: ¿Es conveniente que quien quiere unirse a los siervos de Dios deje indiscriminadamente a sus parientes parte de sus bienes?

Respuesta: 1 El Señor dice: “*Vende todos tus bienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme (akoluthei moi)*” (Mt 19,21); y también: “*Vendan todo lo que tengan y den limosna*”, 2 Considero que quien se entrega al servicio de Dios no debe despreciar irreflexivamente los bienes que le corresponden, 3 sino que ha de buscar, por todos los medios, distribuirlos con todo cuidado, en la medida de lo posible, pues se trata de bienes que ya están dedicados al Señor, sabiendo que no deja de ser peligroso actuar negligentemente en las cosas de Dios.

Seguir la *Regla* de Nuestro Padre san Basilio no es otra cosa que seguir a Cristo vivo, dejándose guiar por el texto mismo de la *Regla* y las enseñanzas de los Padres que no tienen otro objetivo que el de conducir a los discípulos en la “*sequela Christi*”.

7. El desarrollo de un Libro a partir de su principio

Otro instrumento que utiliza Basilio en su *Regla*, y que también tiene un fundamento que supera lo estrictamente retórico o literario es el que se llama “*principium pregnans*” (comienzo cargado). Con ello se quiere decir que, el texto inicial, sea un Prólogo o las primeras cuestiones que se tratan en un documento, se volverán a encontrar en el desarrollo del mismo, como un eco de referencia continuo. O, dicho de otro modo, toda la *Regla* de san Basilio no es sino una explicitación de lo que dijo al comienzo: el primer y más grande mandamiento, el amor a Dios y al prójimo.

En la literatura latina (p. ej. *Regla del Maestro*) recibe el nombre de "*Thema*", como en música: al comienzo resuenan ciertas armonías que se oirán repetir como constantes a lo largo de todo el libro.

Y para señalar eso, san Basilio utiliza la segunda "pregunta" que le hacen los discípulos, a la que contesta diciendo:

Cuestión 2:

Respuesta: 1 Qué bien han escogido al comienzo de esta conversación, de manera muy conveniente a nuestro propósito. Por tanto, con la ayuda de Dios, haremos lo que dicen, 2 Ante todo hay que saber que este mandamiento ciertamente parece ser uno solo, pero abarca e incluye en sí la fuerza de todos los mandamientos, como dice el Señor mismo: "*De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los profetas*" (Mt 22,40)²⁰.

En rigor es esta última expresión, propia del Señor, el verdadero "*pricipium pregnans*" de todo el pensamiento de Basilio y del desarrollo posterior de toda la *Regla*, después de estas dos primeras respuestas. Para Basilio toda su *Regla* no sólo es una exposición de las Escrituras, del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, sino de su gran mandamiento del amor. En él están contenidas todas las Escrituras (tanto el AT como el NT), pero también todo la *Regla* de Nuestro Padre san Basilio. Quien continúe leyendo la *Regla* deberá tener la sabiduría para darse cuenta de que "todo" es un desprendimiento y prolongación de ese doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo. Quien no vea todas las demás cuestiones bajo esa luz perderá lo más importante que le quiere enseñar san Basilio. No se trata de dependencias literarias o textuales, sino una "*mens*", la de Cristo y de Basilio.

De hecho, la expresión utilizada por Cristo ("dependen" –*krematai*–), tiene muchas significaciones e implicancias, todas aprovechadas por Basilio para ser utilizadas como principios metodológicos para leer su obra:

20 "*Quia in his duobus mandatis universa lex pendet et prophetae*" (Matth. XXII). Este "*pricipium*" se mantiene en las Grandes Reglas (1ª y 2ª).

- 1º: “dependen”
- 2º: “están latentes”
- 3º: “están en suspenso”
- 4º: “están colgados”.

Todas las posibles acepciones contienen la misma idea fundamental: todo lo que sigue tiene una total dependencia y unidad con esta realidad primera.

Este recurso al “*principium pregnans*”, que según los estudiosos no vendría de la retórica pagana²¹, pero sí bíblica, es el que permite darle a una obra un carácter de unidad y coherencia, haciendo de ella un verdadero conjunto armonioso. La *Regla* de Basilio, pero también la de Benito, no es un simple rejunte de preguntas o temas que están separados unos de otros y no guardan relaciones internas. Al contrario, son todos aspectos de una misma realidad, que es la enunciada al comienzo de la obra. El lector que entiende, debe saber captar esa unidad, correlación y despliegue de un solo tema: el enunciado al comienzo que, en la *Regla* de san Basilio es el mandamiento del amor a Dios al prójimo. Quien no pueda ver esa “contención” de los diversos temas que se tratan en la *Regla* en el marco fundamental del amor y la caridad, él mismo manifiesta estar desintegrado y que no ha alcanzado lo más grande de la madurez cristiana y monástica: vivir todo como una expresión del amor a Cristo y al Padre. Esta es la riqueza de este recurso retórico del “*principium pregnans*” y, para estos grandes maestros, todo lo demás que digan brota de ello y, más todavía, hay muchas más cosas todavía, que no están en el texto, pero sí en el contenido de la realidad primera que se ha presentado al comenzar el escrito.

8. Conclusión

La sola mención por parte de san Benito de la *Regla* de Basilio tendría que ser motivo más que suficiente para interesar a los monjes, a los lectores²². Sin embargo, como no es así, hemos querido subrayar ciertos aspectos de lo que es su riqueza, a la que san Benito apunta al aconsejar su lectura. De hecho, todo

21 Cfr. GREGOIRE DE NYSSE, *Sur les titres des psaumes*, ed. Jean Reynard (SC 466), Paris 2002, 31-40.

22 El mismo A. de Vogüé decía que la locución “La Regla de nuestro Padre san Basilio” era una simple expresión de la época (en clase, a sus alumnos).

el dinamismo de pregunta-respuesta que tiene la *Regla* de san Basilio, y que san Benito conserva en su Prólogo, señala algo medular en la vida del monje que, de no entenderlo, puede vaciar su vida de contenido. En efecto, quien recibe un consejo que no pidió, lo tomará como algo “que habría que hacer” o como un intento de “imposición”. En cambio, el que recibe una indicación porque él mismo preguntó, entonces las palabras cobran vida y sentido concreto para la vida de uno. Más todavía cuando la respuesta del interlocutor no hace sino señalar lo que está inscrito en el corazón del que preguntó. La vida del monje no es un simple despliegue de sus potencias y riquezas personales sino, como dice san Benito, la conducta del monje deriva del deber de todo morador que, al hospedarse en casa ajena, pregunta el dueño: *¿Quién puede hospedarse en tu casa y habitar en tu monte santo?* Y de él recibe la respuesta.

Por otra parte, la conexión regla-Sagrada Escritura, que manifiesta la *Regla* de Basilio, es una constante en los Padres de la Iglesia. La *Regla* es una prolongación natural de las Escrituras, del mismo modo que la palabra del maestro espiritual. Porque las Escrituras no son un simple texto, son una Palabra, una Voz que jamás deja de hablar. Y siempre en presente y dirigida a alguien muy concreto.

Finalmente, la unidad que se encuentra en la *Regla* de san Basilio, y que se repite en la de san Benito, no viene establecida desde afuera, como un marco externo. Es la unidad que viene dada por la misma dinámica del Sermón de la Montaña y que no significa otra cosa que señalar el camino tan buscado para el hombre que “desea la vida y ver días felices”.

Abadía de san Benito
C.C. 202 – B6700WAC Luján- Pcia. Bs.As.
ARGENTINA